

CAPÍTULO 14

- ¡Dos jarras de hidromiel y una ración de cerdo curado, chica! - vocearon desde una de las mesas del fondo del bar.

Un coro de voces burlonas acompañaron la orden. La camarera se encontraba recogiendo una de las mesas, pero se detuvo de inmediato. Se incorporó lentamente, con el ceño fruncido. Los clientes que se encontraban cerca de ella tragarón saliva y se apresuraron a esconderse en las jarras que tenían delante al oler la tormenta que se avecinaba.

- ¡¿A quién demonios llamas chica?! - rugió la muchacha furiosa.

Era una joven de estatura media con amplias caderas y una cara redondeada de facciones dulces, aunque más que dulzura su mirada prometía los fuegos del averno en aquellos momentos. Llevaba la melena corta recogida en dos pequeñas trenzas, y cubría su pelo rosáceo con un pañuelo, para evitar que le cayera en la frente mientras trabajaba. Sus ojos rasgados se estrecharon peligrosamente mientras mirando al gañán que la había ofendido. Puso una de sus manos en la cadera mientras con la otra le señalaba a modo de advertencia. El barullo que había dominado la taberna se acalló un tanto por la expectación.

- Te juro por mi madre, Talon, que como no te muerdas la lengua va a tener que buscarte otro tugurio en el que emborracharte cuando tu señora te eche de casa por gandul.

Tras unos segundos de silencio la taberna estalló en carcajadas y aullidos burlones dirigidos al aludido, que no pudo más que esconder su cara barbuda detrás de su jarra vacía mientras sus compañeros le daban palmadas en la espalda.

- ¡Te está bien empleado por bocazas! Ya sabes que Glimmer es la reina del lugar- le dijo su compañero mientras le revolvía las greñas.

Glimmer esbozó una media sonrisa satisfecha y se dirigió de vuelta a la barra esquivando mesas con movimientos expertos. Bow la observaba desde allí sacudiendo la cabeza con expresión divertida mientras secaba las jarras que acababa de lavar.

- Un día de estos harás que perdamos todos los clientes - le dijo en tono divertido.
- Imposible - dijo Glimmer mientras se apoyaba en la encimera y se quitaba el pañuelo de la cabeza. Tenía la frente empapada en sudor- ¿Tu has visto cómo está esto de gente? Les encanta que de vez en cuando ponga a los idiotas en su lugar.- contestó con algo de sorna.

Era casi imposible mantener una conversación por encima del barullo de voces ensordecedoras. Glimmer se secó el sudor y volvió a cubrirse el pelo; la taberna estaba a reventar, iban a tener que apagar el fuego de la hoguera a pesar de las últimas nevadas. Había sido la última jornada de recogida de la cosecha y los campesinos se habían reunido allí después de un largo día de trabajo para celebrarlo. Sonrió cuando un grupo de espontáneos se subió a una mesa y comenzaron a entonar una canción de bar muy poco apropiada. En pocos minutos se les unió la mitad de la taberna. Se respiraba una alegría en el ambiente que hacía mucho que no se había visto.

“No hemos tenido muchas razones para celebrar últimamente” pensó Glimmer. Se llevó inconscientemente la mano al pecho, al guardapelo que colgaba de su cuello, y lo apretó con fuerza cerrando los ojos. El gesto no pasó inadvertido para Bow, que puso su mano sobre la de Glimmer y se la estrechó con cariño.

- Ella estaría orgullosa de tí- le dijo con dulzura.

Glimmer le dedicó una sonrisa triste mientras extraía el medallón y lo abría. En el interior había la foto de una hermosa mujer de largo cabello ondulado y los mismos ojos rasgados que Glimmer.

- Ya lo sé. Es solo que...a veces recuerdo lo mucho que la echo de menos y me cuesta hasta respirar.- emitió un suspiro triste. - No sabes cuánto desearía que todavía estuviera aquí.- cerró el medallón con tristeza y volvió a guardarlo bajo su camisa, justo al lado de su corazón.



Bow la atrajo a su costado y le dio un beso en la sien.

- Hemos perdido a demasiada gente. - murmuró Bow.

Glimmer asintió apesadumbrada y apoyó la cabeza en su hombro, dejando que la reconfortara.

La plaga que azotaba la aldea desde hacía casi diez años había acabado con el grueso de la población. Cada año volvía con más fuerza, pero a pesar de llevar tanto tiempo combatiendo la enfermedad, la última cepa había sido especialmente virulenta. Había acabado con la mayoría de los ancianos y parte de los adultos trabajadores...entre los que se encontraba Angela, la madre de Glimmer. Se había infectado trabajando en la enfermería improvisada que habían montado en el salón de su casa. Angela había sido la anterior líder de la aldea, y no había querido permitir que su gente muriera en la calles, así que habían habilitado su casa como lugar de cuarentena para alojar a los enfermos más graves y tratarlos.

Glimmer no quiso pensar en las últimas semanas que había pasado junto a su madre, era demasiado doloroso.

Todavía no entendía cómo habían sido capaces de aguantar tanto tiempo. Sin embargo, a finales del año anterior la situación había sido desesperante al unirse a la epidemia la sequía que había asolado el lugar. En la última década no habían dejado de ocurrir desgracias una detrás de otra. A Adora no le había quedado más remedio que decidirse por fin a salir en busca de ayuda.

- Podrían haber sido más- dijo Glimmer.- Si Adora no hubiera conseguido ayuda habríamos muerto todos, de enfermedad o de hambre, tanto da.

Adora llevaba meses fuera de la aldea, viviendo en el castillo que coronaba los páramos. Se había aventurado a adentrarse en aquellas tierras malditas en un intento desesperado por conseguir ayuda de su reina, a pesar de que se creía que nadie la había visto en más de una década. Glimmer y Bow habían intentado disuadirla de acudir allí por todos los medios, pero había sido imposible sacarle la idea de la cabeza.

- ¡Vas a meterte en la boca del lobo y no podremos ayudarte si te pasa algo!- exclamó Glimmer. Había aferrado a Adora por los hombros para intentar hacerla entrar en razón.- Ese sitio lleva maldito años, nadie que haya entrado en ese bosque ha regresado. No puedes ir allí tu sola Adora.-le dijo desesperada.
- Son solo habladurías, Glimmer, que yo sepa no ha desaparecido nadie del pueblo. - dijo Adora restándole importancia. Se desembarazó de ella y cogió una bolsa de víveres que metió en la alforja del caballo. - Además, se supone que son la familia real, tienen obligación de asegurar el bienestar de sus súbditos. - se giró para mirarlos muy seria. Estaba completamente decidida- se han desentendido de todos nosotros durante demasiado tiempo.

Glimmer resopló frustrada y miró a Bow, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

- ¡Dile algo! - exclamó.

Glimmer y Adora se querían con locura, pero a veces se desesperaban la una contra otra y le tocaba mediar a él. Bow había suspirado resignado. Adora era una líder nata, pero a veces le costaba ponerse en el lugar de los demás.

- Adora, no podemos perderte a tí también, - había dicho Bow, resumiendo con sencillez lo que intentaba decirle Glimmer.

Adora tenía una réplica preparada pero se detuvo sorprendida, incapaz de contestar. Los miró a ambos confusa. Glimmer al borde del llanto, con el labio inferior tembloroso, y Bow esbozando una sonrisa triste.

- Chicos, yo...- empezó, pero la voz se le quebró y no pudo continuar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se le escapó un sollozo involuntario. Glimmer se abalanzó sobre ella, y Adora hundió el rostro en el cuello de su amiga. Bow sonrió con ternura mientras las dos lloraban desconsoladas, balbuceando palabras ininteligibles mientras se aferraban la una a la otra como si el mundo fuera a acabarse. Eran un par de tontas. Se acercó a ellas y las abrazó a ambas.

- No va a pasarme nada, os lo prometo- les había dicho Adora con la voz ahogada cuando consiguió calmarse - Encontrar ayuda es lo único útil que puedo hacer ahora.- se separó por fin de ellos para mirarles y sonrió. - No os preocupéis por mí, de verdad. Estaré de vuelta antes de que os deis cuenta.

Pero habían pasado casi seis meses y no había regresado. Lo único que sabían de ella era que estaba bien gracias a las cartas que les había hecho llegar en los carros con medicinas y provisiones que les había enviado desde el castillo. Habían podido enviarle un par de mensajes y ella parecía estar bien. Les había hablado por encima de la dueña del castillo, una tal Catra, pero no les había asegurado cuándo estaría de vuelta. A Glimmer no le había dado buena espina y casi había preparado el carro para ir a buscarla, pero al final Bow había conseguido convencerla de que no lo hiciera. Si Adora no había vuelto seguro que tenía sus razones.

Un estruendo interrumpió de golpe la algarabía de la taberna. Glimmer y Bow se giraron sorprendidos para ver qué ocurría cuando la puerta se abrió de golpe, casi saliéndose de sus goznes, y una corriente de aire frío entró en el salón, haciendo que las llamas de la hoguera se apagarán.

Un silencio sepulcral se sumió en la taberna cuando una sombra apareció en el umbral de la puerta. La silueta pertenecía a una chica menuda de melena encrespada. La penumbra no permitía distinguir sus facciones, pero respiraba entrecortadamente, y miraba a todos lados frenética.

Glimmer se apresuró a encender una vela y aproximarse.

- ¿¡Quién va!?! - preguntó con decisión.

La muchacha se giró al oírlo. De pronto, en un movimiento veloz, casi animal, se abalanzó sobre ella y la agarró por las muñecas. Glimmer soltó una exclamación sorprendida, intentando retroceder, pero la muchacha no se lo permitió.

- ¿¡Dónde está?!- preguntó con urgencia.

Era una chica más o menos de su edad, de menor estatura que Glimmer y con facciones delicadas que se encontraban ahora desfiguradas en una mueca desesperada. Tenía la melena castaña completamente alborotada y los ojos desorbitados, uno azul y el otro dorado. Pero lo que a Glimmer le llamó más la atención fueron sus colmillos, inusualmente largos.

- ¿Qui...quién?- preguntó confusa.
- ¡Adora!- exclamó la chica- ¿¡Dime dónde está?! ¡Tengo que encontrarla!- exclamó perdiendo la paciencia.

Glimmer la observó confusa un momento, hasta que se percató de quién era.

- Tú...¿Eres Catra?- preguntó Glimmer- Creía que estaba contigo. - no tenía sentido, se suponía que Adora estaba en el castillo y...el corazón le dio un vuelco. - ¿¡Qué le has hecho?!- le espetó Glimmer mientras la agarraba por las solapas de la chaqueta.

Para su sorpresa, la muchacha emitió un gruñido animal y en un movimiento vertiginoso se desembarazó de Glimmer, tirándola al suelo e inmovilizándola con las rodillas. Bow gritó su nombre, pero Glimmer se había quedado paralizada al ver cómo los colmillos de la chica se habían alargado hasta sobrepasar su labio inferior, y sus ojos se habían tornado rojo carmesí. Se inclinó sobre ella, siseando. La olfateó como intentando detectar algún tipo de rastro y emitió un rugido de frustración cuando no encontró lo que buscaba.

- No puedo perder el tiempo contigo- dijo en un gruñido animal. Se levantó de pronto y salió disparada por la puerta, con la misma velocidad con la que había llegado.

Bow se apresuró a ayudar a Glimmer a incorporarse en cuanto se recuperaron de la sorpresa. Se miraron preocupados.

Algo, definitivamente, no iba bien.

Los cascos del caballo retumbaban en la tierra helada; galopaba a toda velocidad a través de los árboles cubiertos de las últimas nieves que quedaban del invierno. La respiración agitada del animal se condensaba en contacto con el aire congelado, entrecortada por el agotamiento, pero su jinete le fustigaba sin piedad para que siguiera corriendo.

”¡Más rápido, más rápido!” pensó Catra desesperada.

Había sido un error, no tendría que haber bajado a la aldea para comprobar si Adora estaba allí. Había perdido un tiempo precioso. Pero no podía confiar en Shadow Weaver, no había querido creerla.

El caballo se adentró en la parte más espesa del bosque dejando una estela de nieve y polvo a su paso. Los troncos de los árboles se encontraban cada vez más juntos, dificultando la visibilidad, pero Catra no permitió que bajara la velocidad aún con el riesgo que ello suponía. Siguió arreando al animal, inclinada sobre su montura mientras el paisaje pasaba a toda velocidad bajos ellos.

Sabía perfectamente a dónde se dirigía, lo recordaba claramente. Todavía podía oír las risas de sus amigos mientras perseguían las luces que nacían de la tierra. Catra había encontrado aquel claro apenas unos días antes y les había querido llevar allí. Iban a jugar a princesas y bandidos.

El latido de su corazón se acompasó al retumbar de los cascos del caballo, cada vez más frenético. Recordó las escaleras, habían bajado a oscuras, emocionados por la aventura y una punzada de miedo por lo desconocido; habían avanzado agarrados de la mano, emocionados por la aventura, ahogando sus risas para evitar que les oyeran los monstruos imaginarios que poblaban la mazmorra. Y después habían llegado a la sala, una figura oscura les había estado esperando. Y las risas se habían convertido en gritos.

Un relincho de dolor alertó a Catra, pero fue demasiado tarde. El caballo tropezó con el tronco de un árbol caído y cayó al suelo, arrastrando a su jinete con él. Catra logró evitar que el animal la aplastara por muy poco; se retorció en el aire en medio de la caída y se desembarazó de las riendas, saltando de la silla y cayendo a cuatro patas unos metros de su montura.

- No, no, no ,no, ahora no...- gimió desesperada.

Se acercó al animal a toda prisa para examinarlo. No parecía tener nada roto, pero respiraba agitadamente y le temblaban los músculos de las patas. No iba a poder continuar.

Catra maldijo en silencio y se irguió. No tenía muy claro exactamente en qué dirección se encontraba el templo, decidió guiarse por su instinto. Cerró los ojos, centrándose en su olfato mientras intentaba captar la esencia de Adora. Captó un leve aroma a jazmín que se adentraba entre dos arbustos en una zona especialmente agreste y se dirigió hacia allí.

Fue entonces cuando de pronto un aullido salvaje atravesó la noche.

Catra se giró aterrorizada con el pelo de la cola erizado. No, no podía ser que siguieran allí. Se suponía que habían desaparecido. Se había quedado sin tiempo. Si encontraban a Adora la harían pedazos. La imagen de su cuerpo desmadejado, lleno de sangre se superpuso con la palidez cadavérica del rostro de Adora cuando ella misma la había atacado no hacía tanto tiempo. Se le heló la sangre.

Y fue ese mero pensamiento el que hizo que la bestia se liberara.

Fue casi instantáneo, Catra no tuvo oportunidad de prepararse. Sus pupilas se estrecharon, tornándose rojo sangre. Catra notó cómo la conciencia sobre sí misma se disipaba entre brumas de sangre y pesadillas, y sintió un miedo atroz. No quería, no podía perder el control ahora. Quiso gritar, pero de su garganta surgía ahora un gruñido animal que iba en aumento. Sentía sus colmillos alargándose desmesuradamente, la saliva goteando de ellos al suelo. El pelo se le erizó, notó cómo sus músculos se tensaban mientras sus dedos se retorcieron en garras afiladas, preparadas para desgarrar. La bestia se encorvó, apoyándose en cuatro patas, mirando frenética alrededor. Hasta que detectó el rastro de Adora. Una sonrisa cuajada de colmillos se dibujó en sus fauces al tiempo que se relamía con parsimonia. La presa iba a ser deliciosa.

El monstruo cogió impulso y estalló en una carrera explosiva siguiendo el rastro de Adora, mientras Catra intentaba por todos los medios recuperar el control de su cuerpo.